

siadamente compuesta, afectando el paso, haciendo muecas y trayendo el abanico en continuo movimiento, tiene cuanto su temeridad necesita para confundirla con la mujer liviana, aunque sea la doncella más juiciosa ó la casada más honesta.

Lo peor es que muchas veces no para en esto todo el mal, quiero decir, no se contentan con tenerlas por coquetas, sino que lo aseguran así á sus amigos, jactándose falsamente de haber conseguido de ellas muchos triunfos.

¿Qué se sigue de aquí? Que aquella pobre niña pierde el crédito entre las demás, porque de boca en boca pasa por una fácil, y por esta mala fama, si es doncella, tal vez pierde un ventajoso casamiento, y si es casada, acaso se turba la paz del matrimonio por una inesperada casualidad. Bien conocen las mujeres que esto no es una ponderación, sino una verdad innegable; saben que abunda esta clase de hombres habladores, á quienes distinguen con el vulgar adjetivo de *alabanciosos*.

Ellos hacen mal ¿quién lo duda? Pero si las señoritas se vistieran con menos profanidad, ellos no se atrevieran tan fácilmente á difamarlas, pues es cierto que la mujer honesta casi siempre enfrena la lengua y el arrojito del hombre libertino.

Conque cuando el temor de Dios y el amor del

prójimo no estimularan á cualquiera mujer á presentarse con modestia en el público, su amor propio la debía persuadir á ello, considerando que los hombres de que hablamos por el traje infieren la conducta de la mujer, y sin más datos despedazan su honor alegremente.

«Nada se debe temer tanto en las mujeres como la vanidad, dice un autor muy respetable.¹ Los caminos que conducen á los hombres á la gloria² y autoridad están cerrados, y así aspiran á distinguirse por las gracias del cuerpo y ciertas exterioridades del espíritu. De aquí nace aquella conversación dulce y atractiva; aquel grande aprecio de hermosura y gracias exteriores, y la demasiada afición á los vestidos y demás adornos del cuerpo. Una peineta, un lazo, un túnico,³ la elección de un color, un rizo un poco más alto ó más bajo, son para ellas negocios importantes.

»Este exceso va tomando cada día más fuerza; el amor mudable de las mujeres, la afición á los vestidos, la pasión á las modas, juntas con el amor á la novedad,

¹ El señor Fenelón en su *Educación de las hijas*.

² A la gloria mundana, que consiste en el poder, autoridad ó fama. Esta advertencia es inútil para los sensatos; pero como los libros andan en manos de todos, no queremos que algún ignorante crea que á las mujeres les están cerrados los caminos que conducen á la gloria ó bienaventuranza eterna.

³ He substituído esta voz á la de bata que dice el autor, porque sin alterar el sentido realza la persuasión, por ser el túnico traje del día. E.

tienen para con ellas tanto poder, que llegan á trastornar las clases y á corromper las costumbres. Desde que se vive sin regla, en trajes y muebles, se vive también casi sin distinción de personas...

»Este fausto arruina las familias, y á la ruina de las familias se sigue la corrupción de las costumbres... Esta es la causa de extinguirse incesantemente el honor, la fe, la probidad y el amor natural, hasta entre los parientes más cercanos.

»Todos estos males provienen de la autoridad que las mujeres se han tomado, ó que algunos hombres lisonjeros les han dado de decidir sobre las modas.

»Procúrese, pues, dar á entender á las mujeres desde niñas, cuánta más apreciable es la distinción que se logra por el camino de una buena conducta, que la que se consigue por un buen peinado, un buen vestido, ó cualquiera otro adorno del cuerpo...

»Yo bien sé que, según las costumbres de nuestro siglo, sería una ridiculez el persuadir á las mujeres jóvenes que vistiesen el traje de la antigüedad; pero podrán, sin alguna singularidad, tomar el gusto de la simplicidad de vestido siempre noble, agradable y conforme á las costumbres cristianas. De este modo, conformándose en el exterior con los usos de nuestros tiempos, sabrían á lo menos juzgar con justicia de su ridiculez; ellas se sujetarían á la moda; pero la mira-

rían como una esclavitud y sólo la seguirían en lo que no pudieran evitar.

»Sobre todo, es necesario tener un grande horror á la desnudez de pechos y á todas las demás indecencias del cuerpo. Aun cuando se cometan estas faltas sin alguna intención ó pasión desordenada, no deja de ser una vanidad culpable y perjudicial, causada de un excesivo deseo de agradar. Esta vanidad, culpable ante Dios y los hombres, es prueba de una conducta escandalosa y contagiosa al prójimo. Este ciego deseo de agradar de ningún modo conviene á un alma cristiana, que debe mirar como una especie de idolatría todo lo que le aleja del amor á su Criador y del desprecio de las criaturas. ¿Qué se pretende cuando se quiere agradar por estos caminos? ¿No es el excitar las pasiones de los hombres? ¿No pasan demasiado adelante, por poco que se les alumbre? ¿Acaso está en poder de las mujeres el refrenarlos, cuando pasan más allá de lo justo? ¿Á quién, pues, se deben imputar los excesos? Prepara la mujer con su indecencia un veneno sutil y lo vierte sobre los que la miran; ¿cómo se podrá juzgar inocente?»

Hasta aquí este sabio moralista, pero concluyamos esta conversación, que acaso ya fastidiará por lo larga, aunque ha sido demasiado interesante. ¡Ojalá en todas partes se reflexionara con atención sobre estas

verdades! tal vez algunas familias se librarían del des-honor y la miseria.

Finalizó su discurso el coronel, y después de haber hablado cada uno de los concurrentes un poco sobre lo que quiso, se desbarató la asamblea.



CAPÍTULO X

En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado

Así como no basta que la semilla sea buena para que fructifique si no se siembra en buena tierra, así tampoco aprovechan las mejores máximas morales, si no se reciben en un corazón bien dispuesto. Fácil es concebir que Matilde, no sólo gustó de la conversación